RESEÑAS

Javier Sicilia, *Concepción Cabrera de Armida. La amante de Cristo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, 518 p.

148

En un mundo desgarrado por las guerras y el sueño materialista del progreso, que lentamente ha ido adquiriendo el rostro del industrialismo, el consumo y las economías globales; en una humanidad que vive en el regodeo del misticismo débil del *New Age* y está siendo atravesada por el hedonismo causándole desconfianza la cruz y el sufrimiento; en una sociedad apoltronada en el sillón de lo moderno y que tiene miedo de arriesgar el alma y el cuerpo; sociedad del bienestar material y *confort*, para la que las relaciones amorosas se han convertido en un comercio sin riesgos, hecha de ciudadanos empequeñecidos que creen que su vida está hecha más de derechos que de deberes, etc., se abre un espacio de reflexión con la biografía de Concepción Cabrera de Armida (1862-1937)

Concepción Cabrera de Armida, como otras mujeres de nuestra tradición mística (Teresa de Ávila, Margarita María Alacoque, Ángela de Foligno o la propia Catalina de Siena) ha sido llamada por Dios a vivir su vida en el Amor.

Concha, como familiarmente se le conoce, sigue un doloroso itinerario espiritual: enamoramiento pasional de Cristo crucificado, visión de la Cruz del Apostolado, fundaciones, conocimiento de la Trinidad, encarnación mística y descubrimiento del sacerdocio común y sus íntimos vínculos con la Trinidad, con la Encarnación y con María: Madre de la Iglesia, Reina del Cielo y de la Tierra, Puerta del Cielo e intercesora nuestra.

Movido por el deseo de “quitarle ese sesgo dolorista y de histrionismo patológico que tanto daño le ha hecho”, Javier Sicilia ha narrado paso a paso la vida de Concha. Por un lado, esta biografía es una oportunidad privilegiada para leer la Historia de México (el extenso libro abarca el Segundo Imperio, Juárez, el Porfiriato, la Revolución, la Guerra Cristera, los regímenes de Calles, Obregón y Cárdenas) dentro del contexto más amplio de

RESEÑAS

la Historia de Salvación. Por otro lado, la vida de Concha es también, para los lectores con fe religiosa, un ejemplo singular de vida cristiana. Concha es un ser que ha dejado que el Amor la configure desde el interior para convertirse en testigo vivo de la presencia divina.

Como oportunidad privilegiada para releer la Historia de México, Javier Sicilia sostiene que quienes se regodean con esos hechos se olvidan de su reverso místico; ignoran que el lenguaje corporal y escrito de Concha es “el signo de una palabra inefable que hay que comprender en relación con la historia de la salvación dentro de nuestra historia nacional; se niegan a dilucidar la tremenda paradoja del amor que es el sufrimiento en el gozo; soslayan los vínculos ocultos entre la inocencia y el pecado; desconocen los secretos del sufrimiento; disimulan su fortaleza espiritual; pasan por alto su bronca (sic) contra el machismo clerical y su desprecio por el laicado; la entereza de su carácter para, en contra de su condición de mujer del siglo XIX y principios del XX, imponer su verdad y llevarla adelante; ignoran su buen humor y el papel que su vida mística jugó en la lectura de los hechos nacionales; tapan sus terribles críticas y sus exhortos a los sacerdotes, que la emparentan con Catalina de Siena, y minimizan la cumbre mística que alcanzó al lado de su último director espiritual, ese obispo polémico y ese gran espíritu que fue Luis María Martínez.” (p. 14 –15)

El perfil bellamente dibujado por el poeta Sicilia se inspira en una fotografía que aparece en la portada y que a pesar de todo y con todo lo que su vida le permite ir descubriendo, sigue viendo esa sonrisa graciosa y seductora: “A pesar de los ramalazos, –dice el autor– de las enfermedades, del desgaste físico, yo la sigo encontrando hermosa, más hermosa que antes, { ... } Esa sonrisa que no se le apaga nunca la hace verdaderamente juvenil. Siempre desde niña quiso a Dios; pero desde su adolescencia está apasionadamente enamorada de Jesucristo crucificado, inmersa en diálogo íntimo con su Amante, atenta, por encima del ruido y de las imposiciones externas, a la sutil presencia que la invade, que la persigue, que la seduce, que la instiga, { ... } Y sus trabajos de fundadora han sido la respuesta amantísima de su Amado.” (p. 429)

Concha fue colaboradora en la fundación de dos congregaciones religiosas mexicanas: Religiosas de la Cruz y Misioneros del Espíritu Santo y, relacionadas con éstas, puso en marcha tres obras de la Cruz: Apostolado de la Cruz, Alianza de Amor y la Liga Apostólica. Habiendo sido hija, esposa, madre de nueve hijos, viuda y extraordinaria mujer dinámica, supo vivir su

RESEÑAS

condición con fe y dejó escrita una *Cuenta de conciencia* (sesenta y seis tomos) que sirvió de base para que Sicilia, durante más de tres años, se sumergiera en sus escritos, en sus biógrafos, y en quienes han escrito sobre su espiritualidad. El libro contiene al final una útil bibliografía que puede servir al lector.

A lo largo de cuarenta y tres capítulos, el autor de esta biografía recorre las distintas etapas de su vida.

La infancia, marcada por un nacimiento difícil. La adolescencia, ambigua y coqueta que atrae la atención del propio gobernador de San Luis Potosí, Carlos Díaz Gutiérrez, quien la corteja en los famosos bailes de la Lonja. El matrimonio, con Francisco Armida, que le causa el desasosiego de la decepción frente al acoso innegable que siente por Cristo. La viudez, estado en el cual vivió por más de treinta y cinco años.

Conforme su vida se desarrolla, Concha recibe la dirección espiritual de algunos miembros de la Compañía de Jesús como el padre Alberto Cuscó y Mir. En esta época ella se graba en el pecho el monograma de Cristo con un hierro candente, tiene la visión de la Cruz del Apostolado, y concibe las Obras de la Cruz. Todas estas experiencias místicas y espirituales se tornan como una pesadilla bajo la dirección del propio Mir.

150

No es sino hasta la llegada de Monseñor Ibarra que Concha empieza por primera vez a sentir un alivio y un sentido al sufrimiento por el Sagrado Corazón de Jesús. Bajo la dirección del padre Ibarra, a Concha le es concedida una gracia especial: la encarnación mística.

Logra con el padre Félix la fundación de los Misioneros del Espíritu Santo (Oasis masculino) que, junto con el Oasis femenino (las Religiosas de la Cruz) son lo que Dios le solicitaba a través de sus privilegiadas comunicaciones en la oración profunda.

Después de la muerte de Ibarra, Concha finalmente se deja guiar por la mano visionaria y amorosa de Luis María Martínez. Él es el primero en decirle a Concha que el sufrimiento no tiene ningún sentido si no está orientado al amor verdadero de los hombres y el amor de Dios.

En el contexto de la lectura de este libro es importante resaltar que el ser humano debe descubrir el sentido espiritual que permita llevar a buen puerto el sufrimiento que nuestras miserias producen. Sicilia retoma la idea de que las miserias sirven: “1º *Para conocernos*: el conocimiento de sí mismo, base de la humildad, no se adquiere con teorías y especulaciones, sino palpando experimentalmente nuestras miserias. Y, si interviene el don de ciencia y

RESEÑAS

a su luz sondeamos el abismo de nuestra miseria, quedamos curados para siempre de nuestra necia fatuidad. En vano tratará la lisonja de elevarnos a las nubes o la calumnia de hundirnos en el cieno, el alma no podrá engreírse con alabanzas ni lastimarse con las injurias, permanecerá inmovible en la humildad. 2° *Para ejercitar la humildad* y crecer en esa virtud tan fundamental y necesaria. La humildad no se ejercita, sino con humillaciones, y ¿qué mayor humillación que sentir el peso de nuestras miserias? Las humillaciones de fuera –las que nos vienen de los hombres– son poca cosa comparadas con las que nacen de nosotros mismos. 3° *Para tener un contrapeso* a los dones naturales, a los éxitos, a las alabanzas, a los honores y sobretodo a los dones sobrenaturales. Sin ese contrapeso perderemos el equilibrio y caeremos lastimosamente. 4° Principalmente, *para atraer sobre nosotros la misericordia de Dios*. ¿Qué puede atraer a la Misericordia, si no la miseria? Y la misericordia de Dios no es lástima, es amor; es el ropaje con que el Amor se reviste para amar a los miserables {...} El primero en amarlas fue Jesús, y las amó tanto que se revistió de ellas {...} fue preciso que en todo se hiciera semejante a sus hermanos, que se revistiera de todas sus miserias, para aprender a ser misericordioso.” (p. 447 y 448) La razón de haber incluido esta cita, pese a su extensión, es la de señalar que es con esta espiritualidad que Concha encuentra un amor de entrega total a Dios, con lo que culmina su itinerario espiritual y su vida.

El autor va dirigiendo al lector en los resultados de su investigación desde el principio con un capítulo de introducción en donde nos explica ¿Por qué Concha? Todo el libro se halla salpicado de interesantes opiniones y observaciones personales que ayudan a comprender a quien fuera la mujer que ha llevado a plenitud la pasión desbordada de la amante de Cristo. Al final, el capítulo ¿Para qué Concha? redondea la importancia de la vida y obra de esta mujer.

151

FERNANDO CALOCA
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM